



Gandiaga y el asombro

La figura de Bitoriano Gandiaga poeta se ha revalorizado, como era de suponer, después de su muerte. Quien en vida fuera un poeta querido y admirado por todos, incluso leído y estudiado, algo que no sucede con todos los poetas del País Vasco, es objeto nuevamente ahora de interés. Porque Bitoriano Gandiaga, además de una excelente persona, era un gran poeta lírico. Y, curiosamente, es la faceta lírica la menos tenida en consideración en su obra. Conozco gentes que recitan de memoria algunos versos de *Hiru gizon bakarka*, con voz de barítono si la ocasión lo requiere, especialmente los referidos al chacolí: Matsaren orpotik dator / mama goxua, mama goxua./ Edango neukela / beterik basua. Klink! beterik basua./ Nik zuri, zuk neri,/ agur eginaz alkarri,/ basua txit garbi / beharko da ipini. (Del pie de la uva viene/ el dulce liquido, el dulce liquido./ Yo lo bebería/ Lleno el vaso. Klink! lleno el vaso./ Yo a ti, tú a mí,/ saludándonos/ el vaso habrá que ponerlo/ muy limpio.)

Quien así canta, generalmente en cuadrilla, después de una cena pantagruélica, en alguno de los marcos incomparables, ignora que Gandiaga quería con la imagen del chacolí, vino amargo que no es, pero que quiere ser, dar un símbolo a este país también amargo, que es sin ser. Y no hay que acudir, creo yo, a Heidegger para entenderlo, aunque la verdad es que Heidegger ayuda a comprender la poesía, porque su estudio sobre la esencia de la poesía es aplicable, como sostiene Juan David García Bacca, a la filosofía, porque la filosofía es la razón de la poesía, aunque no siempre, salvo la notable excepción de Heidegger, sea la poesía la razón de la filosofía.

Heidegger toma prestado el verso de Hölderlin: “Los poetas echan los fundamentos de lo permanente”, y tras analizarlo detenidamente y palabra por palabra llega a la siguiente conclusión: Poesía es fundación por la palabra y sobre la palabra.

“La amargura del País Vasco quema el alma, como la amargura del chacolí quema la boca”, escribió Gandiaga, y no le faltaba razón entonces. El chacolí que hacen ahora es mejor que el de antes, no cabe la menor duda, pero el país sigue siendo fuente de dolor y amargura.

Pero si a la persona que canta la báquica de Gandiaga se le habla de *Elorri*, mira compungido, como un perro perdido mira a la luna de plomo, y pierde la mirada ahogada en su vaso de vino. *Elorri*, con el tiempo, ha llegado a ser considerado como una de las cumbres líricas de la literatura vasca escrita en euskara. Koldo Izagirre escribió lo siguiente. “Gandiaga es conocido fragmentariamente y, por supuesto, de manera superficial. La piedra de Gandiaga –de donde surge el espino– era rural cuando la sociedad vasca se marchó a la calle, era roca, salvaje, lejana. Y sobre todo a aquella piedra le faltaba el pueblo. *Elorri* no es una huida, *Elorri* es un modo de relacionarse con el entorno, el problema era que el entorno no era urbano. Es cierto que el mundo que habita el poeta no conoce el Mal, o por utilizar otra palabra, el Conflicto. Pero tampoco la Arcadia. Cuando Gandiaga canta a la roca, al espino, a la lluvia, supera el paisajismo, aparece por primera vez en nuestra literatura la inclinación doliente hacia la naturaleza”.

Le solicitó un ojo al agua/ y al viento/ que le empujase y le moviese./ Le solicitó una lengua al fuego.

Lo más impresionado eran sus ojos./ En las
calles más amplias/ las paredes altas le
rodeaban./ El pájaro que estrenaba jaula/
tenía las alas doloridas en su mirada.

Esa inclinación doliente, a la que se refiere Koldo Izagirre, no es más que asombro o conmoción ante el fenómeno natural y producido por el fenómeno natural. Ya lo afirmo Heidegger. “En el asombro nos de-tenemos.” El asombro es la dis-posición, en la cual y para la cual se abre el ser del ente. Y en alemán la palabra es *Stimmung*, que también significa “afinación”. La poesía no deja de ser, desde los tiempos más antiguos, un intento de afinar el alma.

El asombro es la fuente de la filosofía y también de la poesía. A Heidegger le asombraba el hecho de existir, de ser en el Ser: “Todo ente es en el Ser. Escuchar algo semejante suena a nuestros oídos como algo trivial, cuando no como algo insultante. Pues nadie necesita preocuparse de que el ente pertenezca al Ser. Todo el mundo sabe que ente es lo que es. ¿Qué otra cosa le está permitido al ente sino esto: Ser? Y sin embargo, precisamente esto: que el ente quede recolectado en el Ser, que en el aparecer del Ser aparece el ente, esto asombró a los griegos, y a ellos en primer lugar y a ellos únicamente.”

Anaximandro, Heráclito y Parmenides fueron los primeros en asombrarse de ser en el ser, esto es de existir. Y, también, fueron los primeros en plantearse las grandes preguntas, las preguntas fundamentales, que desde entonces la filosofía no ha hecho sino intentar responder.

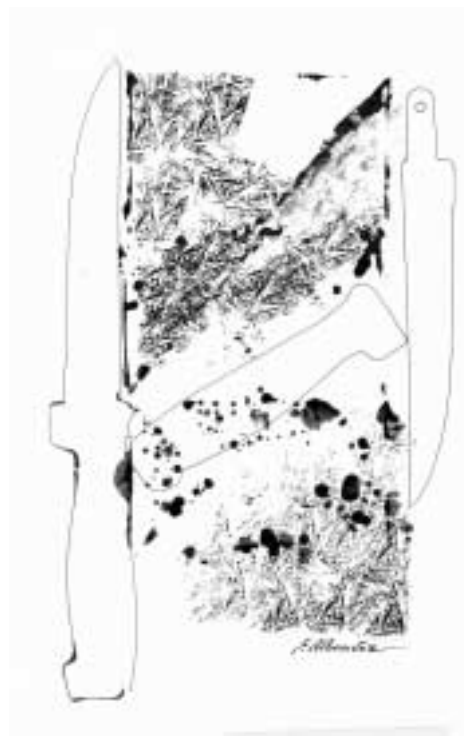
A Gandiaga también le asombra la existencia, la suya propia y la de la naturaleza. Le asombra y le extraña. Y para explicarlo creo que hay que acudir a la filología. El concepto de asombro se expresa en euskara con la palabra *harridura*, en cuya raíz está *harri*, que quiere decir *pedra*. Asombrarse, *harritu* en euskara, significa *quedarse de piedra, volverse como la piedra, hacerse piedra*. La piedra es el concepto sobre el que gira, perdiéndose y volviéndose a encontrar, la literatura vasca de los sesenta, y también la escultura, sobre todo la de Jorge Oteiza. No en vano, el poeta Carlos Aurteneche, uno de los mejores conocedores de la obra del escultor de Orío ha titulado *la piedra acontecida*, el conjunto de poemas dedicados a Oteiza. Pero *harritu* también significa *extrañarse*. Quiero citar un poema de Gandiaga en el que juega con el concepto de piedra, esto es con la palabra *harri*.

Harrizkoa zen arren, / ez zen Errodrigoren / harrizko bertze haren./
harri zuri-gorrizko / argia. Ezperen / harri beltzeko harri / handi ta belt-
zezko;/ larriak zutik larritutako / seme hil baten ama / harrituaren lurreko /
harri baltz eta lutuzko / iluna. (Aunque fuera de piedra,/ su luz no era/ la de
la otra piedra blanca y roja/ del Rodrigo de piedra. Sino que/ era la piedra
grande y negra/ de la piedra negra;/la oscuridad/ de la piedra negra y de
luto/de la tierra de la madre extrañada/ del hijo muerto/ que la angustia
asombró).

La traducción castellana en este caso no hace justicia al texto poético que se caracteriza por su gran musicalidad. El asombro tiene forma de piedra en la cultura vasca. La piedra es el símbolo del asombro en la cultura vasca. La escultura habla en vasco con lengua de piedra. La piedra se asombra de ser piedra, se extraña de su condición pétreo.

Decía Antonio Machado que el paleta perfecto es el que nunca se asombra de nada; ni aun de su propia estupidez. Pero es Goethe, también poeta, quien describa la sensación que provoca el asombro: “Arrodillarse con veneración ante el misterio primigenio de todas las cosas”. Es el poeta, sobre todo, quien intenta explicar, no el misterio, sino lo que el misterio produce en quien lo contempla. El filósofo intenta llegar a la raíz del misterio, explicarlo desde la óptica de la razón. Ya lo decía Leibniz: “nada sucede sin razón”.

El espectáculo le parecía excesivo:/ auto-
móviles, gente, anuncios,/ miles de escapa-
rates exponiendo/ mil géneros dispares,/
el incesante movimiento renovado a cada
instante/ de miles de casas y portales/ con
estilos diferentes.



En sus ojos aturvidos se concentraba/ ese espectáculo inmenso.

En este Madrid/ con el único amparo/ de mi verso débil.// Confío plenamente en mis alas.

Tan sólo me apena el haber nacido/ demasiado temprano/ y el haber despertado/ demasiado tarde.

Pero el corazón tiene razones que la razón desposee o ignora. Johannes Scheffer, poeta del siglo XVII, coetáneo por tanto de Leibniz, escribió bajo el seudónimo de Angelus Silesius “la rosa es sin por qué, florece porque florece”. Y en esta imagen nos hace ver que la rosa no tiene una causa que lo empuje a florecer, a ser rosa, que la rosa es sin causa de ser. La rosa, añade el poeta, “no se preocupa de sí, no pregunta por sí misma, no pregunta si es mirada”. Es patente en este epígrafe el eco del maestro Eckart. Lo que el poeta, hablándonos de la rosa, pone al descubierto es que la rosa, al igual que la naturaleza, no está sujeta a la influencia del principio racional.

El asombro no se puede explicar, pero sí expresar. El asombro se convierte en grito o en signo de admiración. En Gandiaga el asombro se vuelve alegría de vivir, alegría de contemplar la vida luminosa. Como escribió Heidegger: “Lo alegre otorga a cada uno su espacio esencial. La claridad abre las cosas en lo alegrador de su presencia.” Gandiaga contempla, sin más, y se deja llevar por las sensaciones que le produce el misterio de la contemplación: Arrituta nengoan / arritasun-ondartza / nasaitik urtenda,/ ezin dot bere baitan / irauki biotza. (Estaba asombrado/ cuando salí / de la playa tranquila de piedra,/ no puedo mantener/ al corazón en su frontera).

Es cierto, como afirma Koldo Izagirre, que Gandiaga en *Elorri* va más allá del puro paisajismo. Todo artista que se precie va más allá del paisaje, aun cuando escriba o describa el paisaje. Porque el paisaje es un sentimiento; el paisaje es una visión; el paisaje es la conjunción de dos miradas, la de la mirada externa y la de la interna. Cuando las dos miradas se encuentran nace el paisaje. Y hay miradas externas que son de piedra, y miradas internas que son de piedra.

Hay, en Gandiaga, una preocupación por el ser y desde el lugar del ser, una preocupación existencial que recorre toda su obra. Así lo vio el poeta Juan Mari Lekuona en la introducción a la segunda edición de la obra, publicada en el año 1989: “Ha habido algunos movimientos importantes en la poesía vasca de posguerra, y entre ellos habría que citar el existencialismo como el centro de *Elorri*. Podrían citarse otras tendencias culturales que se reconocen en la obra. El sentimiento telúrico que le acompaña al poeta desde la infancia. Y su versión cristiana, el franciscanismo, convertido en experiencia religiosa. Y también una actitud ética y generosa ante la vida”.

La primera edición del libro, publicada en el año 1962, llevaba una introducción de Luis Villasante, también franciscano, quien señalaba el sentido místico que subyace en la obra: “Cuando los místicos quieren explicarnos qué es eso de la contemplación infusa citan estas cualidades: una luz que no da luz, una luz que no se sabe si es luz o acaso tinieblas, sin anchura, ligera, delgada, sin cuerpo, que no tiene características concretas, pues no tiene forma ni color. Nuestro poeta quisiera para sí palabras parecidas. El lector no encontrará en el libro cosas concretas, sucesos conocidos y sabidos, anécdotas que llevan el peso de la materia; al contrario, encontrará palabras ligeras, delgadas y huidizas palabras, que suben como el vapor del alcohol, que sugieren sensaciones o paisajes.” Para corroborar su afirmación cita Villasante este poema de Gandiaga: Begian jaio zan./ Nire eskuak ez eutsan/ ikutu sekulan./ Iruntz-tanto bat zan/ okaran baltzean./ Begian jaio zan. (Nació en el ojo./ Mi mano/ no la tocó jamás./ Era una gota de rocío/ en la negra ciruela./ nació en el ojo.)

Villasante que conocía los clásicos como pocos, especialista, además, en

(...)/ Por otra parte,/ no dudo sobre la existencia del Limbo./ Sé con certeza que existe:/ he pasado/ largas temporadas/ contemplando/ árboles y ovejas,/ como si el mundo/ no fuera más que una égloga.

ese tipo de literatura, encuentra lo que busca, porque la palabra de Gandiaga, como cualquier palabra poética, sugiere sensaciones y paisajes. Villasante critica, de paso, el existencialismo en literatura y, aunque no niegue la preocupación existencial de Gandiaga, lo sitúa en su franciscanismo. Escribe Villasante en el citado prólogo: “Y el poeta encuentra bajo la luz de la fe la llave para abrir el misterio de la existencia humana”

No bajaré a la cafetería de abajo,/ ni subiré a la de arriba./ Deseo beber silencio,/ beberé soledad,/ hasta caer/ en lo más profundo/ de mi ser inexplicable.

Aunque parezca contradictorio decirlo, el existencialismo de Gandiaga tiene profundas raíces cristianas, incluso místicas. Lo cual tampoco debe sorprendernos, si tenemos en cuenta que el poeta Bitoriano Gandiaga era franciscano de Arantzazu. Y no hay que olvidar que en Arantzazu se estaba fraguando una nueva manera de ver el fenómeno religioso, una nueva manera de relacionar lo religioso con lo no religioso, una nueva manera de aunar en la misma doctrina, y sin menoscabo de la ortodoxia, la tradición franciscana con las últimas teorías políticas y sociales.

Hay que volver a Heidegger.

Se sabe que Heidegger comenzó su carrera filosófica estudiando los fundamentos de la teología católica en la Universidad de Friburgo. Tales estudios iban encaminados a la preparación para el sacerdocio, algo que no sucedió. Sin embargo, Heidegger continuó estudiando durante mucho tiempo los fundamentos de la teología católica, incluso recibió una ayuda económica para “dedicarse al estudio de la filosofía cristiana en el marco de una carrera universitaria”. Siendo profesor en Friburgo impartió una serie de cursos sobre san Agustín y el neoplatonismo y preparó, asimismo, en el marco de la Universidad, un curso sobre la mística medieval. Los estudiosos de la obra de Heidegger, que han sido legión hasta nuestros días, no dejan de señalar la influencia del misticismo medieval alemán, especialmente la obra del maestro Eckart, en la génesis de *Ser y tiempo*: “El aquí y el ahora, el espacio y el tiempo, son las formas de lo diverso y de lo contrapuesto, no ofrecen resguardo ni morada al instante eterno, a la sobret temporalidad. De ahí que la sensorialidad no sea el correlativo subjetivo de la verdadera objetualidad, como tampoco lo es, por otra parte, el entendimiento en cuanto enjuiciar, en cuanto desgajar en la escisión del sujeto y del predicado.

Son, por el contrario, la razón y la voluntad, el conocimiento y el amor, los que llevan al absoluto. Disputa sobre el primado de cada una de las dos ‘facultades’, Eckart no es partidario de la razón teórica como algo que tiene su lugar junto a la voluntad, sino que lo es del primado del hondón del alma, que está teórica y místicamente por encima de ambas. Desde otro poder vislumbra precisamente en el libre albedrío, por su libertad y su entrega al valor, la “facultad” axiológicamente superior.

Heidegger trató de aunar el misticismo alemán, del que siempre fue deudor, con el existencialismo apuntalado por Husserl. Todo ello sucedió en un marco incomparable, en la Selva Negra, cerca del lago Constanza, en un medio católico, conservador e incluso intransigente en ciertas cuestiones. Heidegger insistió, al menos en una época, en este concepto: “Razón y representación son sólo una clase de pensamiento”.

La razón se vuelve representación en la poesía. El asombro se representa, por medio de la piedra, o bien con palabras. Gandiaga, como poeta que es, encarna la impronta de todo hombre que, simple y difícilmente, es hombre. Realiza la esencia de la humanidad. Se asombra y se sobresalta, se asombra y se alegra, se asombra y se apena. Gracias al asombro y por el

Al parecer los ángeles/ han muerto, digo, y Dios/ quizás se ha hastiado/ de permanecer al lado del ser humano/ y animarle.

En cualquier cruce de caminos/ observo/ al
pobre ser humano solitario y escindido/
acribillado por el infortunio,/ con la cruz del
infortunio/ apaleado por el infortunio.

asombro es lo que es, es quien es. Begiok zeñen itxu / direan bagenki,/ ez
geunke begituko/ begiokaz beti. (Si supiésemos qué ciegos/ son los ojos,/ no
miraríamos/ siempre con ellos.)

El poeta mira con mirada de poeta, sin preguntar sin encuadrar, porque
su mirada no es siempre una mirada desde el ojo y para el ojo. Va más allá,
se extiende en un acto que puede considerarse gratuito, sin porqués. Lo que
el poeta ve no aparece como imagen de la razón, sino como irrupción
momentánea y subrepticia.

Heidegger habla del Ser como abismo. Las cosas aparecen al poeta irrum-
piendo desde su mismo fundamento, desde su propio abismo.

Ya Goethe lo intentó explicar antes: “Pero la ciencia se esfuerza y lucha
sin descanso por la ley, el por qué y el cómo. ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Y dónde?
–Los dioses enmudecen–. Tú quédate en el porque y no preguntes ¿Por qué?”

Gandhiaga no pregunta sobre el por qué de las cosas, sino por el qué de
las cosas. Pregunta y se desasosiega, pregunta y se rebela contra la misma
pregunta, pregunta y jamás descansa, porque sabe que la respuesta no está
en él, sabe que la respuesta la tiene quien tiene capacidad de hacer las pre-
guntas anteriores a cualquier pregunta, sabe que las respuestas al por qué de
las cosas no tienen ningún sentido. Serán reveladas, como son revelados otros
misterios más o menos intangibles, o sino dejarán de tener sentido alguno, al
menos para el poeta.

Ser poeta es ver lo que no ven los demás, o al menos verlo de otra mane-
ra. Ser poeta es una manera de filosofar; o, dicho de otra manera, ser filóso-
fo es una manera de poetizar. Ser poeta es una manera de devolver a la fuen-
te del asombro las gracias por haber permitido que suceda el asombro. Ser
poeta es una manera de alegría. Porque el poeta canta su asombro y, en el
mismo gesto, celebra la vida, da gracias a la vida, por el simple hecho de vivir.
O como escribió Rilke: “En verdad, cantar es otro soplo./ Un soplo por
nada./ Un soplar en Dios. Un viento”

